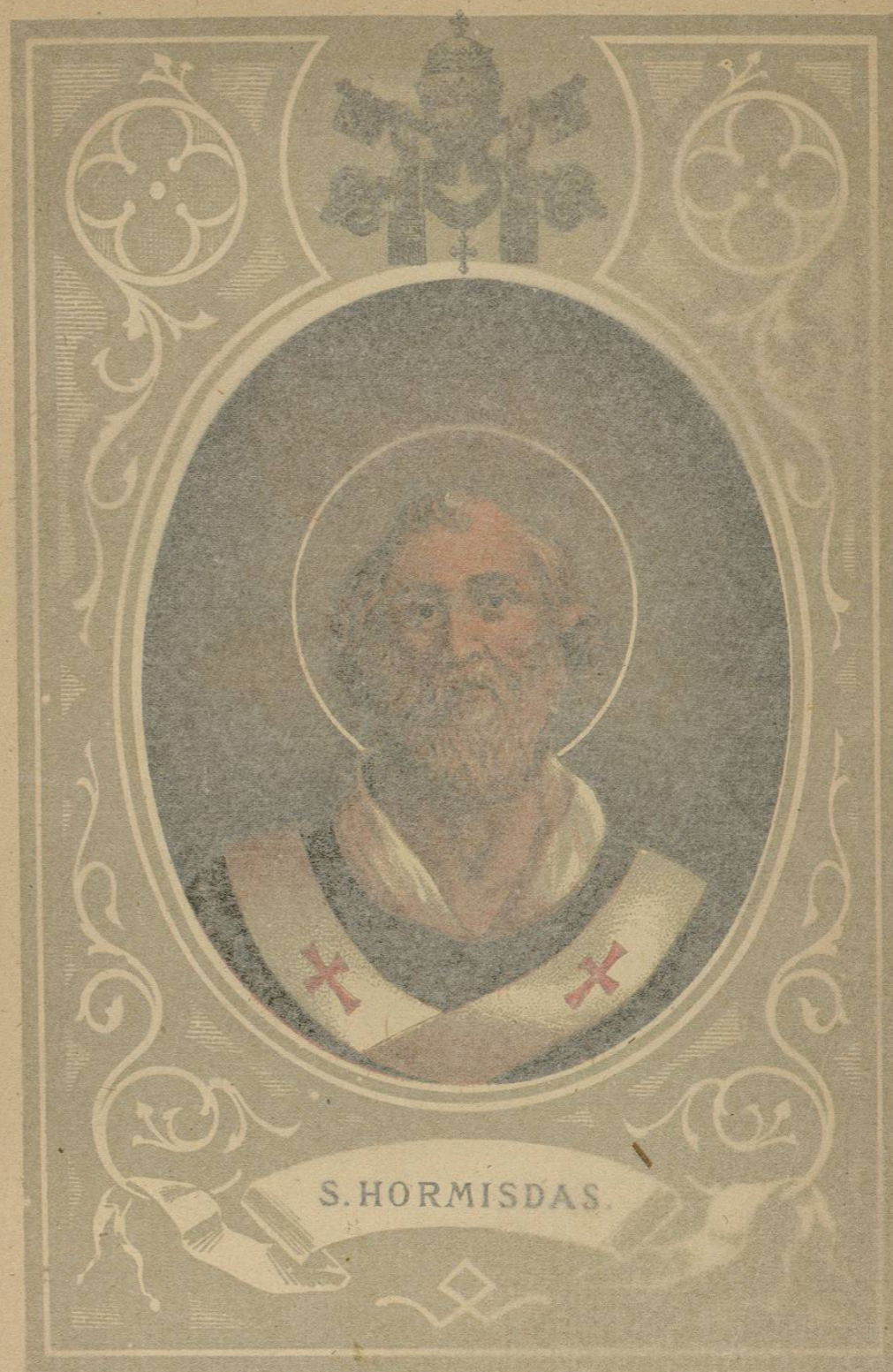


seis diáconos. El 19 de Julio del año 514 subió al Cielo el pontífice que habia sabido demostrar á Teodorico que ningun tribunal podia alzarse contra el papa, que ningun príncipe podia poner mano en los asuntos de la Iglesia y que la silla de Pedro solo está sujeta al juicio de Dios. Y no en vano dió tales enseñanzas, pues además de haber sido reverenciado por Teodorico, fué su autoridad reconocida por los demás obispos, hasta el punto de que los de la Liguria con Lorenzo de Milan, al llegar á Rávena, declararon al monarca godo que no tendrían por buena la convocatoria á concilio, si no procedía del papa. Otro tanto demuestra el hecho de haber bastado la intervencion de este para cortar las disensiones entre Eonio obispo de Arelate y Avito obispo de Viena, sobre el territorio de las respectivas diócesis y sobre las ordenaciones. El cadáver de San Simmaco recibió sepultura en el pórtico de la basílica de San Pedro.

Sucesor de San Simmaco fué San Hormisdas, destinado á triunfar de la hipocresia del emperador Anastasio, á destruir los esfuerzos de los arrianos y á llamar á la unidad las Iglesias orientales. Este pontífice de noble estirpe, natural de Frosinone, y cuyas alabanzas han referido multitud de escritores, fué elegido pontífice el 26 de Julio del año 514. El emperador Anastasio, fingiendo humildad y celo, se dirigió á él suplicándole que se celebrase un concilio en Heráclea, bajo la misma presidencia del pontífice y en otra carta hacia protestas de querer acatar los santos documentos de los sucesores de Pedro. Hormisdas respondió que iria á Heráclea siempre que quedase firme la fé de Calcedonia y la condenacion de Acacio y sus secuaces, y envió como legados suyos á los obispos Fortunato y Enodio, el presbítero Venancio y el diácono Vitaliano dándoles sapientísimas instrucciones que, sin embargo, no produjeron fruto, pues Anastasio dispuesto como siempre á todo menos á proceder de buena fé, trató solo de engañar á los legados y á otros obispos y acabó por mandarlos de nuevo al papa con Teopompo conde de los domésticos y Severino conde del consistorio, para que le participasen los acuerdos tomados con los prelados y para que entregasen una carta al senado romano, á fin de que le sirviera de mediador de paz con Teodorico y con el sumo pontífice. Pero Hormisdas, sin dejarse engañar, mandó nuevos legados y



2

seis  
 que  
 día a  
 no e  
 sujet  
 adem  
 dad r  
 de la  
 ron a  
 concilio  
 de haber  
 nes e  
 el ter  
 El ca  
 basili

Su  
 far de  
 zosde  
 pontif  
 han r  
 Julio  
 celo,  
 Herác  
 hacia  
 cesore  
 pre qu  
 Acacio  
 Fortun  
 dando  
 jeron t  
 á pro  
 otros c  
 pompe  
 para q  
 para q  
 sirviera  
 ce. Per

el pontífice  
 tribunal po  
 podía poner ma  
 de Pedro solo está  
 tales enseñanzas, pues  
 su autoridad  
 el punto de que los  
 a Ravenna, declara  
 a buena la convocatoria á  
 el hecho  
 las disensio  
 sobre  
 ordenaciones.  
 El ca  
 de la  
 a triun  
 los esfuer  
 Este  
 abanzas  
 el 26 de  
 y celo,  
 Heráclio en  
 la misma presidencia del pontífice  
 de querer acatar los santos dogmas de los ap  
 Hormisdas respondió que él no se apartaría em  
 como la sede católica y la comunión de  
 y envió como legado a los obispos  
 instrucciones que  
 como legado  
 de enviar a los obispos  
 nuevo al papa con  
 del concilio  
 los prelates y  
 que le



con las maravillosas cartas que llevan su firma esparció la luz de la verdad en los monasterios y en las diócesis de Oriente.

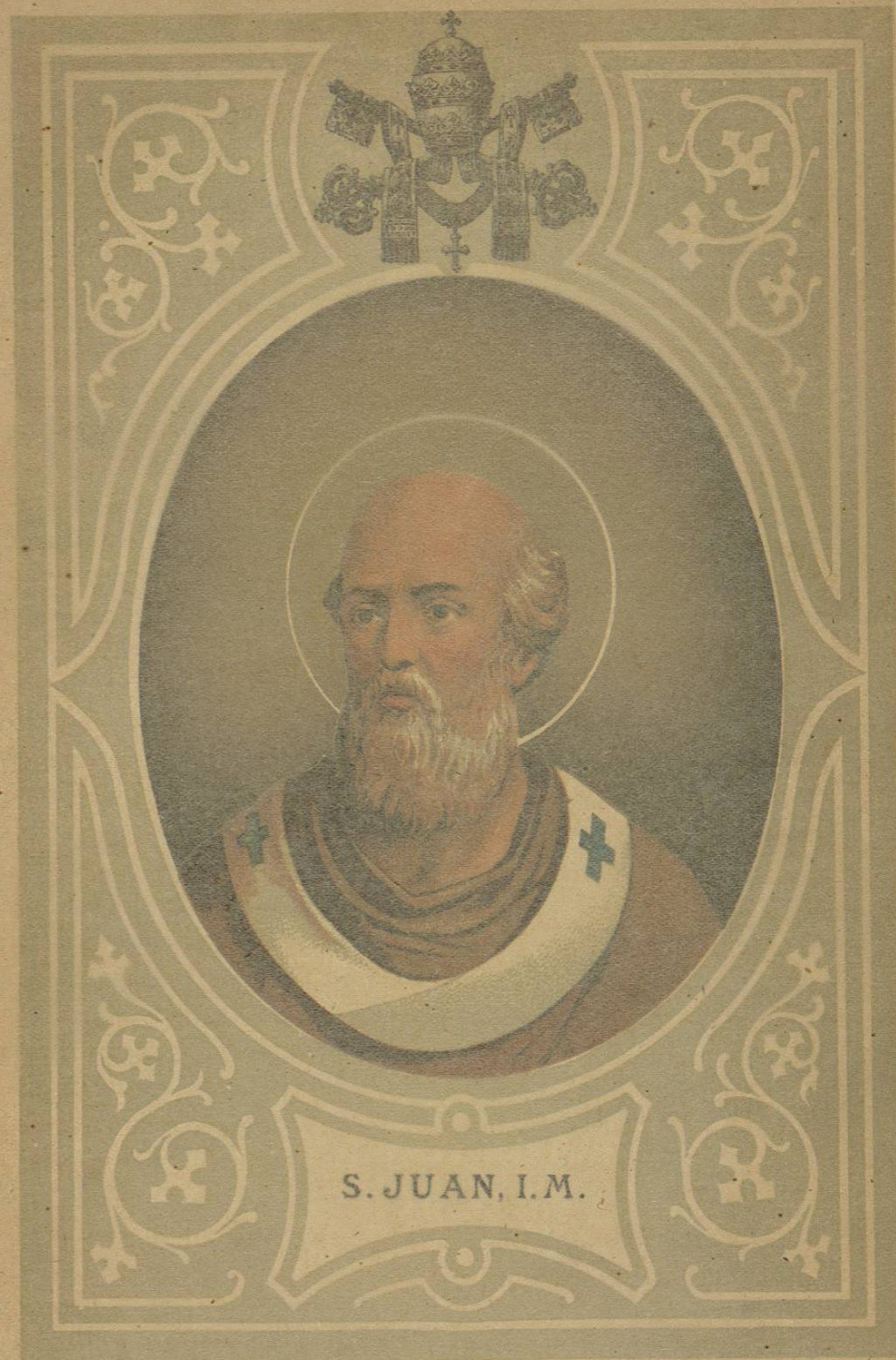
Así las cosas, murió el emperador Anastasio herido de un rayo y le sucedió en el imperio Justino que inmediatamente entró en tratos con el pontífice para la defensa de la fé. San Hormisdas envió sus cartas al emperador, á la emperatriz Eufemia, á los obispos, á los condes, á los prefectos, á los patricios y á los senadores, y su nombre fué aclamado en Oriente, volviendo Constantinopla á la unidad de la fé. El pontífice envió entonces nuevos legados para que se firmasen diferentes artículos, entre ellos la condenacion de Acacio, nombró prefecto ó vicario suyo al obispo Epifanio, sucesor de Juan en la silla bizantina, y logró que volviesen á la verdadera creencia los pueblos del Ilírico.

En 517, designó por vicario suyo para velar por la observancia de los cánones en España á Juan Tarraconense concediéndole los privilegios de Metropolitano, y consiguió de esta manera que se cortasen los abusos de las recomendaciones simoniacas para las dignidades eclesiásticas. También designó el papa por vicario suyo en la Lusitania y en la Bética, á Salustio obispo de Hispalis y promovió en todas partes la frecuente reunion de sinodos procurando sin cesar el restablecimiento de la disciplina. Gozoso por haber conseguido este resultado en Occidente y haber restablecido la fé en Oriente, aumentó su alegría la noticia de que habia cesado en Africa la persecucion suscitada por los arrianos. En sus escritos dejó preciosos testimonios de su sabiduria en el gobierno de la iglesia, de su firmeza para destruir los errores, de su celo para sanar las heridas de la sociedad cristiana, reprimir ó convertir á los secuaces de Nestorio, Eutiques, Mongo y Acacio. A él se deben nuevas prescripciones para que los sacerdotes fuesen ordenados segun los cánones y observando los períodos marcados, para que se tuviese completa certidumbre de la probidad y de la ciencia de los que se ordenaran, y para que los penitentes públicos no pudieran ser consagrados.

En un viage que hizo á Rávena, recibió numerosos testimonios de veneracion por parte de Teodorico, así como antes habia recibido embajadores y regalos del rey Clodoveo que lo reconoció como vicario de Cristo. En varias ordenaciones nombró cincuenta y cin-

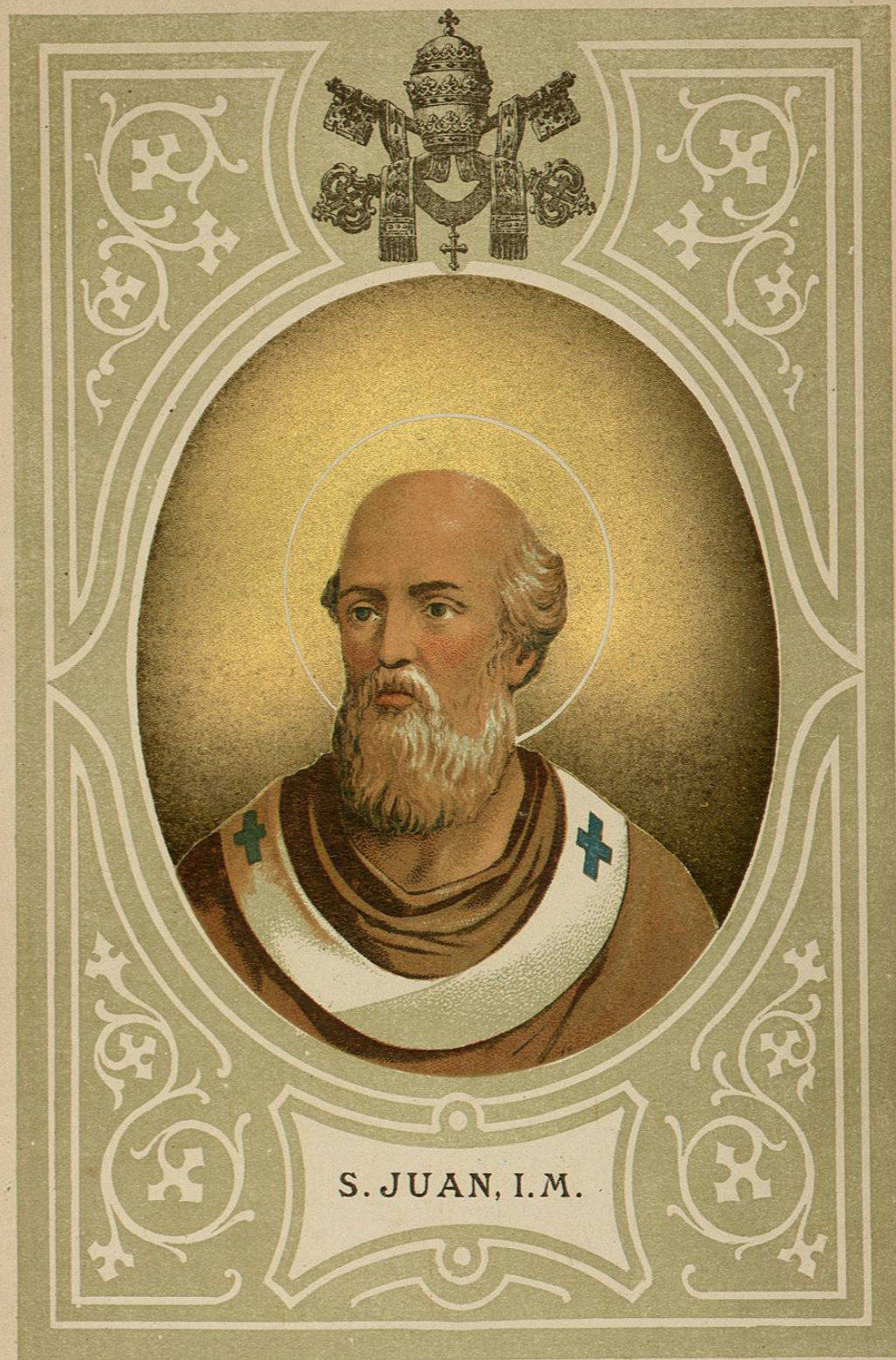
co obispos, veintiun presbiteros y diez diáconos. Pasó de esta vida el 6 de Agosto del año 523, cuatro años despues de haber estinguido el cisma griego, y cuando ya se habian convertido del arrianismo los borgeños, del paganismo los etiopes, y de las supersticiones judaicas los omeritas, cuando en fin, en 520, habia dado comienzo la célebre órden de los benedictinos de la cual han salido papas, santos, cardenales, obispos, y hombres de ciencia en número considerable. San Hormisdas fué sepultado en la basilica de San Pedro.

Mientras Teodorico llenaba de horrores los últimos tiempos de su reinado, ascendió á la dignidad pontificia San Juan I, toscano, segun unos, y segun otros natural de Roma. Era hijo de Constanzo, fué presbítero de San Gelasio I, y subió al pontificado para dar pruebas de su incontrastable fortaleza en la defensa de los sagrados derechos de la verdad y de la justicia. Teodorico pretendia de Justino que fuese libre en el imperio griego el culto del arrianismo, y á fin de lograrlo llamó á Rávena al pontífice Juan con algunos obispos y senadores, obligandole á partir como legado suyo á Constantinopla con la amenaza de que, si no lograba lo que queria, serian esterminados todos los católicos de Italia. El pontífice partió, mas no dispuesto á complacer al bárbaro, y mucho menos á contribuir como este pedía á que los convertidos á la verdadera fé volviesen al culto arriano. Llegó á Constantinopla y fué recibido con grandes honores. Toda la ciudad con cirios y cruces salió al encuentro del sumo gerarca, hasta la distancia de doce millas. Justino segun manifiesta el anónimo Vallesiano, se postró ante él, como ante San Pedro, y el papa, segun refiere San Gregorio Magno, devolvió la vista á un ciego en la puerta Aurea y celebró la pascua del año 526 en rito y lengua latinos. El emperador aunque habia sido ya coronado por el obispo, quiso recibir nuevamente la diadema de manos del pontífice, lo cual se verificó en medio de los aplausos de todo el pueblo, con lo cual regresó el papa á Italia colmado de dones y de gloria. Pero Teodorico cada vez mas suspicaz y cruel, no pudiendo sufrir que el pontífice hubiese cumplido su altísimo ministerio, negándose á contribuir á la apostasia de los convertidos, lo hizo encarcelar en Rávena. Allí entre dolores y privaciones, obtuvo San Juan I un glorioso martirio. Su cadáver fué reclamado á grandes voces por el senado y el pueblo de Roma



co obispos, veintin presbiteros y diez diáconos. Pasó de esta vida el 6 de Agosto del año 523, cuatro años después de haber extinguido el error griego, y cuando ya se habian convertido del arrianismo los borgoñones, del paganismo los etiofes, y de las supersticiones judaicas los omeritas. Cuando en fin, en 520, habia dado comienzo la célebre orden de los benedictinos de la cual han salido papas, santos, cardenales, obispos, y hombres de ciencia en número considerable. San Hormisdas fué sepultado en la basilica de San Pedro.

Mientras Teodorico llenaba de horrores los últimos tiempos de su reinado, ascendió á la dignidad pontificia San Juan I, toscano, según unos, y según otros natural de Roma. Era hijo de Constanzo, fué discípulo de San Gelasio I, y subió al pontificado para dar principio á su incontrastable fortaleza en la defensa de los sagrados principios de la verdad y de la justicia. Teodorico pretendia de Juan que le permitiera libre en el imperio griego el culto del arrianismo. San Gregorio llamó á Ravena al pontifice Juan con amenazas y seducciones, obligándole á partir como legado suyo. Juan no se dejó seducir por la amenaza de que, si no lograba lo que se le pedía, se destruyeran todos los castillos de Italia. El pontifice no se dispuso á complacer al bárbaro, y mucho menos á permitir como este pedía á que los convertidos á la verdadera religión se entregaran al culto arriano. Llegó á Constantinopla y fué recibido con grandes honores. Toda la ciudad con cirios y cruces salió al encuentro del sumo gerarca, hasta la distancia de doce millas. Justino según manifiesta el anónimo Vallesiano, se postró ante él, como ante San Pellico, y el papa, según refiere San Gregorio Magno, devolvió la vista á un ciego en la plaza Aurea y celebró la pascua del año 526 en rito y lengua latina. El emperador aunque habia sido ya coronado por el obispo, quiso recibir nuevamente la diadema de manos del pontifice, lo cual se verificó en medio de los aplausos de todo el pueblo, con lo cual regresó el papa á Italia con triunfo de honores y de gloria. Pero Teodorico cada vez mas suspicaz y cruel, no pudiendo sufrir que el pontifice hubiese cumplido su altísimo ministerio, negándose á contribuir á la apostasia de los convertidos, lo hizo encarcelar en Ravena. Allí entre dolores y privaciones, obtuvo San Juan I un glorioso martirio. Su cadáver fué reclamado á grandes voces por el senado y el pueblo de Roma



y cuando, cuatro años despues, se transportaron á la Ciudad Eterna las venerandas reliquias, senadores y pueblo cortaron trozos del vestido del santo atleta para conservarlos como recuerdo y dieron sepultura á su cuerpo en el Vaticano.

Siempre quedará, de San Juan I, la gloriosa memoria de que fué el primer papa que ciñó á un emperador la augusta diadema y que recibió de un monarca de la tierra testimonios de consideracion tan valiosos como los que le fueron entregados por Justino. Siempre tambien merecerá toda clase de elogios la invicta firmeza que demostró negandose á las brutales exigencias de Teodorico, á las que su conciencia le prohibia acceder, pues solo, como observan varios autores, prestóse á consentir que no se emplease la fuerza para hacer abjurar sus errores á los arrianos, concesion completamente justificada, entre otras causas, por la necesidad de evitar que el monarca godo descargase su ira contra los católicos de Italia. Antes de morir, habia consagrado San Juan quince obispos, entre los cuales se hallaba Lucifero, primer prelado de Siena.

El fallecimiento del santo papa en dura prision, es la mayor mancha de las que oscurecen la vida y el reinado de Teodorico quien, puesto en el fatal camino de la violencia, no se detuvo é hizo morir de un modo cruel á Boecio en la roca de Calvenzano, donde se hallaba detenido en virtud de falsas cartas de conspiracion que le fueron atribuidas y en cuyo sitio habia escrito el *Tratado del Consuelo*. Asimismo mandó desterrar de su reino á Casiodoro y á Paulino, y decapitar á Albino y á Simmaco, suegro de Boecio y de noble estirpe, reo únicamente del crimen de haber llorado la muerte de su yerno. Mas la Providencia no permitió que el verdugo sobreviviese mucho á su última víctima; tres meses despues, habiéndose servido á la mesa de Teodorico un hermoso pescado, pareció al monarca ver en el plato la cabeza de Simmaco recién cortada, mordiéndose el labio inferior y mirándole de un modo terrible; atacóle la fiebre y presa de mortal frenesí, hubo de guardar cama, de la cual no salió sino algunos dias despues para ir al sepulcro, agobiado bajo el peso de los remordimientos.

Antes de su fallecimiento habia tratado de ejercer el bárbaro atribuciones usurpadas sobre la eleccion de sumo pontífice, mas sus esfuerzos resultaron vanos, y si algun tiempo despues los elec-